

pre segura, mientras que los Musulmanes retrocedían de llanura en llanura y no estaban defendidos sino por cordilleras, en su mayor parte fáciles de rodear.

286. Toponimia árabe en España.



1 : 10 000 000

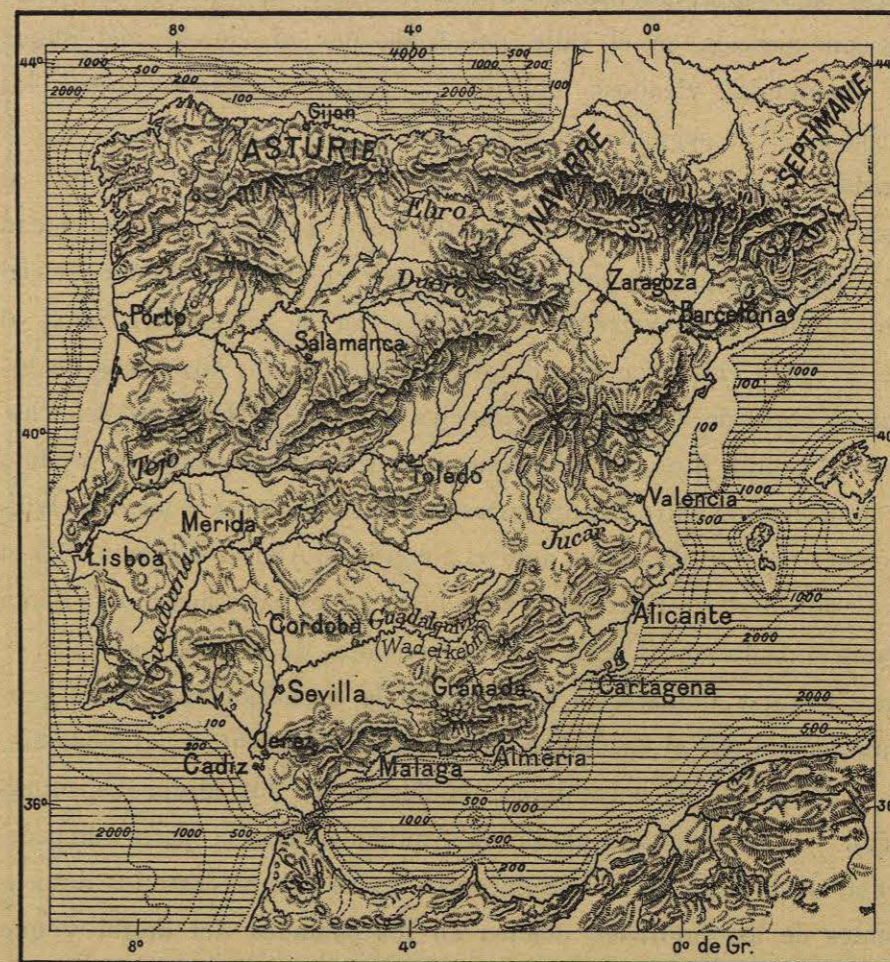
0 100 300 600 Kil.

Según los mapas de España del atlas Stieler (escala 1 : 1500 000), están marcadas en éste las localidades, ríos, cordilleras, picos y regiones cuyo nombre comienza por *Al*, *El*, *Guada* y *Djebel*, exceptuando aquellos cuya etimología evidente no es árabe, como los *Altos* y los *Elenas*.

Sin embargo, la primera fuerza de impulsión era tan grande que en el primer medio siglo de su estancia en España, los Arabes franquearon los Pirineos y penetraron en las Galias. Su ambición era más audaz todavía: habían soñado seguir el camino de Aníbal para ir á predicar el verdadero Dios al Vaticano, llegar después

hasta Constantinopla y volver á Damasco para depositar allí sus espadas al pie del trono de los kalifas<sup>1</sup>. Pero sus disensiones intestinas gastaron la superabundancia de fuerza que les animaba al

N.º 287. España física.



1 : 10 000 000

0 100 300 600 Kil.

principio. Teniendo por enemigos principales los Visigodos, á quienes habían arrebatado la dominación de España, atravesaron los Pirineos orientales por el collado de «Perthus», ó de Bellegarde, y se apoderaron de la Septimania meridional, dependencia del reino de los Godos. Se establecieron fuertemente en Narbona, extendiéndose de un lado hasta Carcasona y Tolosa, en tanto que del otro siguie-

<sup>1</sup> Draper, *Histoire des Conflits entre la Science et la Religion*, trad. franc., p. 69.

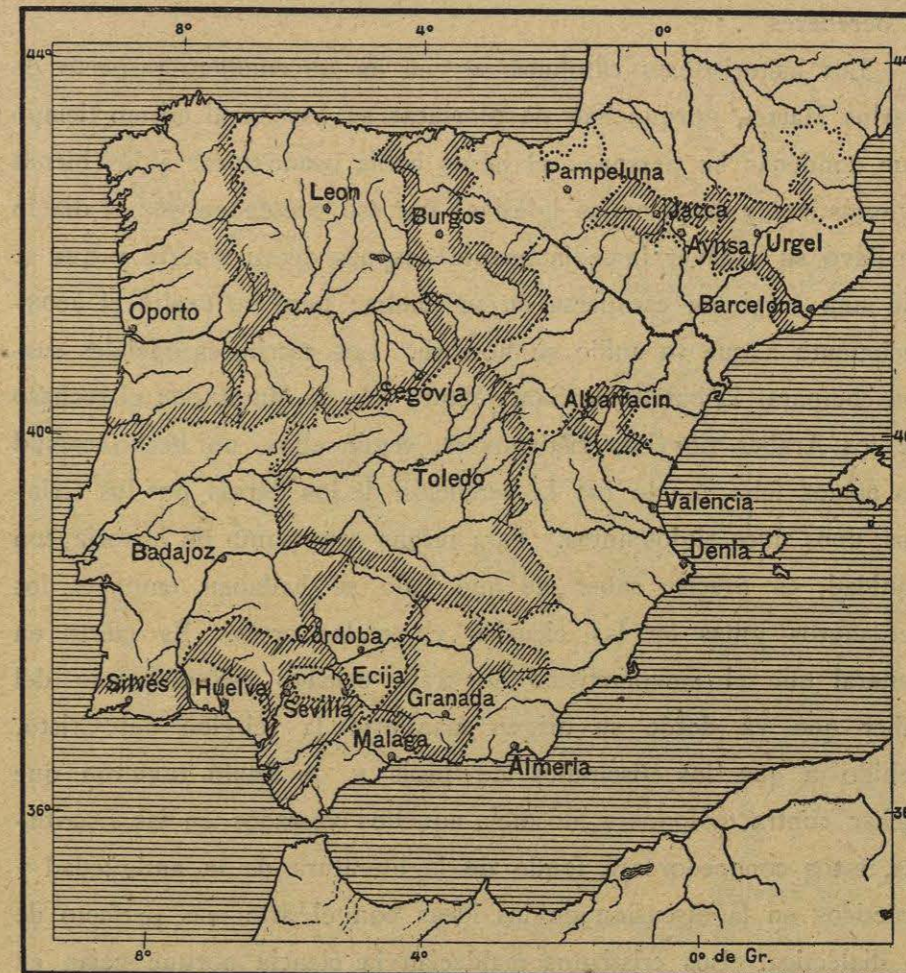


ron el camino histórico del Aude al Ródano y de Provenza á Borgoña; se les vió delante de Autun; pero la banda musulmana, aventurada á demasiada distancia del núcleo compacto del ejército moro de España y reducida á vivir de rapiña, no pudo sostenerse en el aire, por decirlo así, cuando fueron cortadas sus líneas de comunicación en el valle del Aude por el ejército del duque de Aquitania, viéndose obligada á repasar precipitadamente los Pirineos. Un segundo esfuerzo hizo á los Arabes dueños de la Cerdaña, y, de nuevo, se extendieron á derecha é izquierda; al Este, para ocupar el litoral mediterráneo, apoderarse de la ciudad de Arles y luego remontar al Norte por el valle del Ródano y del Saona y bajar nuevamente hasta Sens, en la cuenca del Sena; al Oeste, para entrar en el valle del Garona, forzar los pasos de los ríos al norte de Aquitania y empeñarse en la vía histórica del Charrenta al Loira. Los Arabes llegaron hasta Tours, y pronto se produjo el gran choque entre las dos razas, las dos religiones y las dos civilizaciones que representaban aquí el ejército de Abd-er-Rahman, allá el de Carlos Martel. El conflicto tuvo lugar en las bajas mesetas de Santa Maura — la localidad tenía ese nombre antes de la invasión árabe, — entre Tours y Poitiers, en ese estrecho de las naciones, indicado geográficamente por el encuentro entre gentes del Norte y del Mediodía.

La batalla fué encarnizada, la derrota de los Moros espantosa (752). Como resultado perdieron Aquitania, toda la parte sud-occidental de la Galia y sólo se encontró ya su sangre entre los descendientes de los fugitivos, ocultos en los pantanos del litoral y que se habían apresurado á abrazar la religión de los vencedores. La lucha duró más tiempo sobre las costas del Mediterráneo, y apenas transcurridos siete años después de la batalla decisiva de Santa Maura, los Francos de Carlos Martel, unidos á los Lombardos de Luitprand, lograron rechazar completamente la invasión mora de la Provenza y del Languedoc. Sin embargo, unas bandas aisladas permanecieron dueñas de fortalezas y de macizos montañosos, formando ciudadela. Fueron mucho tiempo poseedores del grupo de esos bosques montañosos que, por su recuerdo, se llaman todavía «de los Moros», y, desde la villa culminante, Fraxinatum, la Garde-Freinet ó «Castillo del Fresno», dominaron á las poblaciones de los distritos

circundantes: durante más de ochenta años (890 — 973) constituyeron allí su principal depósito de botín para las expediciones que hacían en las regiones de montañas hasta la Suiza valesana; un Monte

N.º 288. Reino de España en el siglo XI.



1 : 10 000 000

0 100 300 600 Kil.

Los territorios de los príncipes cristianos comprendían los tres grandes reinos del noroeste de España (Galicia, Portugal, León y Castilla), Navarra y los valles vascos, y por último los pequeños Estados agrupados en los Pirineos. Las otras subdivisiones políticas, de las cuales se cuentan fácilmente una docena, estaban en poder de dinastías moras.

Morro atestigua allí entre otros la estancia de los Arabes. Hacia 945 eran dueños de Grenoble, bajo el nombre de «Sarracenos», y poseían todo el rico valle del Graisivaudan. Considerándose como en su país, se ocupaban del cultivo de las tierras, se casaban con



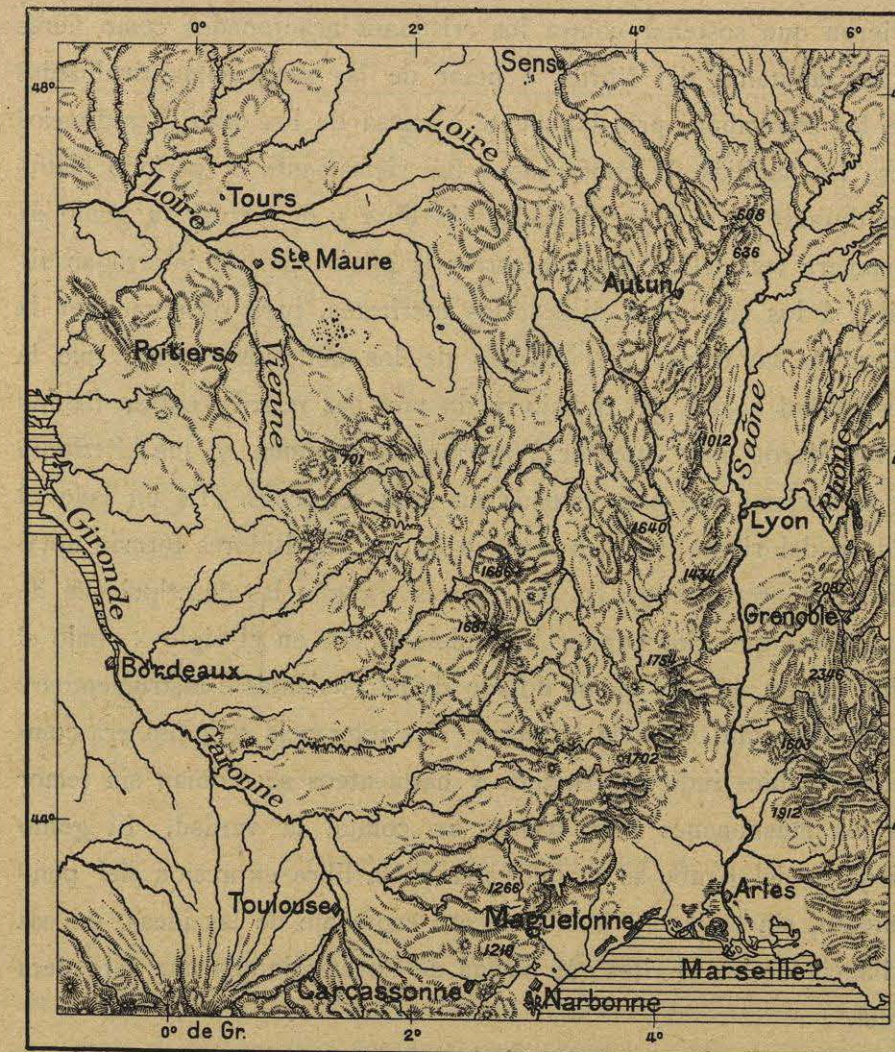
las mujeres de la comarca y hacían alianza con los señores cristianos de las inmediaciones: en 960, dice la leyenda, fueron expulsados del Gran San Bernardo y rechazados hacia el Mediodía. Es indudable que en las comarcas alpinas y provenzales existen numerosos descendientes más ó menos cruzados de esos invasores árabes y bereberes <sup>1</sup>.

Los historiadores católicos se ven en un conflicto respecto de Carlos Martel, porque han de glorificar su hazaña al mismo tiempo que condenan su persona: el héroe había osado tocar á los bienes eclesiásticos y despojar las iglesias; por eso pretenden que el diablo se llevó su cadáver inmediatamente después de su muerte y que se vió una serpiente escaparse de su tumba; pero se exalta el acontecimiento á que va unido su nombre. Los escritores oficiales suelen comparar la batalla de Santa Maura á la de Marathon: el rechazo de los Arabes por los cristianos es, según ellos, un hecho capital no menos feliz que lo fué la detención de los Persas por los Griegos, unos doce siglos antes. Para juzgar este punto de historia con equidad, es preciso saber de qué lado se hallaban entonces los verdaderos guías en las ciencias y en las artes. Es cierto en general que el mahometismo no trajo consigo ese desprecio del saber que ya desde su origen manifestó la religión del Cristo, debido á que los discípulos de Jesús y de Pablo tuvieron que luchar contra teólogos y filósofos, aquéllos versados en las Escrituras, éstos conocedores á fondo de la literatura de la antigüedad y prácticos en la discusión de las ideas con el arte más perfecto de la dialéctica. Los cristianos maldecían la ciencia porque veían en ella la enemiga por excelencia y sufrieron los sarcasmos de los sabios. Pero los mahometanos eran menos ignorantes que sus vecinos inmediatos, los paganos del desierto: por efecto de las conversaciones que habían tenido con nestorianos y Judíos, eran los hombres más eruditos y más hábiles para discutir que poseía la península; no hubieron, pues, de pronunciar contra la ciencia las blasfemias del cristianismo naciente; aunque viesan también en todo estudio un empleo poco digno de ocupar el tiempo de las almas

<sup>1</sup> J. T. Reinaud, *Invasion des Sarraxins en France.*

que han de pensar en su salvación, no llegaron hasta reprobear la investigación de las verdades científicas. El mismo Profeta profería á este respecto enseñanzas que probablemente excedían á su pensa-

N.º 289. Invasiones árabes en Francia.



1 : 5 000 000  
0 100 200 300 Kil.

miento. «Tratad de conquistar la ciencia, decía á sus discípulos, aunque hubierais de ir á alcanzarla hasta la China». En otro lugar recomendaba á uno de sus fieles: «Trabaja en la tierra para adquirir la ciencia y los bienes terrenales como si hubieras de vivir eternamente, y dirige tus acciones en vista de la vida futura, como



si hubieras de morir mañana». Sin duda, la existencia del más allá era considerada como mucho más preciosa, pero los tesoros de la vida presente, en el número de los cuales se halla esta ciencia que desprecian los cristianos, eran también tenidos en gran estimación.

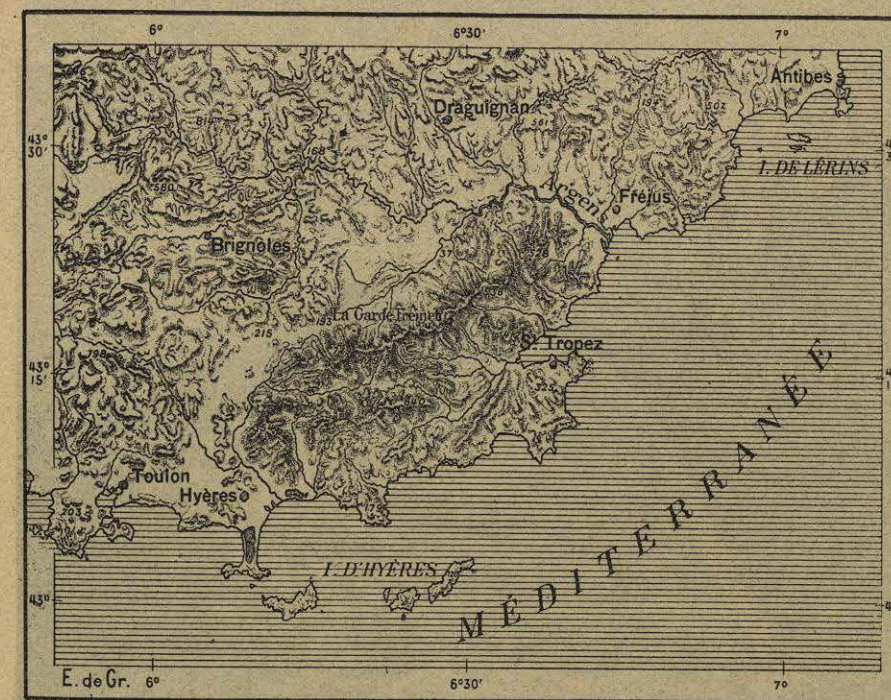
A pesar de las guerras incesantes que los Arabes de España tuvieron que sostener contra los cristianos acantonados como fieras en las montañas del Norte, á pesar de las sangrientas rivalidades que les separaban, principalmente á causa de los odios hereditarios entre las familias, la época mora fué ciertamente el período histórico durante el cual fué España más libre y desarrolló su genio de la manera más feliz. Basta recorrer la península, sin interrogar siquiera á los habitantes ni leer los escritores, para observar por la belleza de las ruinas y el trazado de los antiguos canales, que la prosperidad nacida del trabajo y de una paz relativa era en tiempo de los Moros muy superior á lo que fué después, y que el triunfo del catolicismo fué para España un gran retroceso. De un lado el cuidado del riego, del otro el reino de los inquisidores forman notablemente contraste entre las dos épocas. Según las descripciones de los autores que cita Draper <sup>1</sup>, Andalucía era en el siglo X, bajo el kalifa Halem, el país mejor dotado de herramientas é instrumentos y el más tranquilo de toda la tierra. La tolerancia religiosa era completa, y sabios judíos, cristianos y hasta ateos se reunían sin temor con los musulmanes para buscar en común la verdad. El genio anárquico del Arabe se manifestaba en la libre expresión del pensamiento, sin la menor huella de ese espionaje de las ideas, de esa vigilancia de los escritos que hacían de Constantinopla una verdadera cárcel.

En aquella época de florecimiento de la ciencia, bajo la influencia de la libertad relativa que aportaban los Arabes, la misma península de Arabia no tomó sino una pequeña parte en la autoridad intelectual de los pueblos asociados al Islam: las tribus, privadas de sus hombres más valerosos durante muchas generaciones, se desinteresaban de su obra. Pero los focos de trabajo nacían en todo el mundo musulmán, desde Sevilla á Samarkanda, y hasta por con-

<sup>1</sup> *Histoire des Conflits entre la Science et la Religion.*

tacto en los países limítrofes que pertenecían todavía á los pueblos cristianos. Así los Arabes, «Moros» ó «Sarracenos», como se les llamaba indistintamente, tuvieron una gran parte de influencia en el movimiento de la civilización pacífica al norte de los Pirineos.

N.º 290. Montañas de los Moros.



1 : 1 000 000

0 10 25 50 Kil.

En una de esas lagunas que se prolongan á lo largo de la playa semicircular del Mediterráneo, entre el Aude y el Ródano, se eleva un islote basáltico que contiene una siniestra ruina, casi siempre completamente negra sobre el fondo luminoso del mar y del cielo. Ese resto, Maguelonne, recuerda una de las antiguas puertas de la Galia, una de las escalas marítimas por las cuales penetró la cultura de los Arabes, como había penetrado antes la de los Fenicios, en el mismo lugar, en la villa de Magalo. Cuando Carlos Martel, vencedor de los Sarracenos en la batalla de Poitiers, continuó «martillándolos» hasta la base de los Pirineos, atacó Maguelonne, entonces ocupada por los Arabes, dominadores tolerantes que permitían en medio de ellos un obispo y su rebaño de católicos fieles, al mismo